

Jaime Zorroza Landia

Crónica de un tolimense nacido en el País Vasco



Por: Alexa Bajaire Lamus

Jaime Zorroza Landia

“Llegaron los bandidos a pedir armas”, recuerda Jaime Zorroza Landia de aquel fatídico momento que marcó su vida para siempre. La convulsionada semana que sucedió a la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, se convirtió en un episodio de protestas violentas, desórdenes y manifestaciones que llegaron hasta el llano del Tolima, en la finca de su tío Simón, donde Jaime vivía. Preocupado por los sucesos, Simón, quien en ese entonces se encontraba de párroco en Melgar, fue a visitarlo. Solo banderas rojas ondeaban en los caminos empedrados que circundaban las tierras del Tolima. Se acercaron hasta el rancho de paja, donde dormían en una pieza: “Mi tío salió a la puerta y allí le dispararon. Los ‘bandoleros’ me ataron las manos, me amarraron y me llevaron a la altiplanicie”.

- ¿Por qué me van a matar?, les dijo.
- No, lo vamos a soltar –respondieron. Hemos decidido que lo vamos a dejar con vida.
- Eran políticos, recuerda. A los curitas no los querían por esa época.

Aquella noche, con el miedo de la muerte a sus espaldas, sin mirar atrás, recorrió el camino de regreso al rancho, y con la ayuda de dos obreros y la empleada, Jaime recogió el cuerpo de su único familiar en esta tierra colombiana. Lo llevó a Venadillo donde tenía amigos vascos, y allí lo enterraron. Con este episodio triste cerró un capítulo aciago de su vida para comenzar de nuevo en El Espinal, con la familia Larrauri, sus paisanos, quienes empezaban a sembrar algodón y ajonjolí. “Me acogieron como a un hijo; estuve un año viviendo con ellos, sin plata y con ganas de trabajar”.



Jaime en su juventud.
Foto: Archivo particular

Las tierras del Tolima lo recibieron en 1946. Venía de Morga, un caserío enclavado en las bellas montañas del histórico País Vasco. El tío Simón, párroco en la Catedral de Ibagué, lo llamó para que viniera a ayudarlo en los predios que había adquirido en el campo, en una pequeña finca ubicada en Alvarado (Caldas Viejo) donde cultivaban y tenían ganado. Durante dos años trabajó sin descanso, recordando que lo dejado en su tierra era reducido y sin muchas aspiraciones. “Decidí atender el llamado de mi tío para vivir en un país del que no sabía ni dónde se encontraba. Tenía 26 años cuando llegué a Colombia, y como un indiano, en busca de una mejor fortuna, me enamoré de estas tierras y de las infinitas posibilidades que tenía. Simón siempre mantuvo contacto con nosotros. Sus cartas relataban la historia de grandes extensiones de terrenos productivos”, recordó.

- ¿Llegó legalmente a trabajar en el Tolima?
- Claro, dice enfático Zorroza, en ese entonces se entregaba al Estado un depósito, por si algo pasaba..

Hacienda San Isidro



Jaime en su casa de San Isidro construida con sus recuerdos de España. Fotografía: Alexa Bajaire

Frente a la capilla donde guarda los recuerdos de más de sesenta años vividos en el Tolima, y a sus 95 años, relata su historia de vida cargada de amor por el progreso que ha dejado huella en estas tierras tolimenses. Jaime, en la inmensidad de San Isidro, donde vivió con su esposa, la ibaguereña Ana Julia Suárez, trae a la memoria cada momento como un regalo de Dios. En aquella casa, de techos altos, paredes blancas y puertas de madera que se abren hacia amplios balcones españoles, narra en su apretado acento vasco los sacrificios y esfuerzos que pasó para que hoy este pedazo de tierra del Tolima sea una próspera empresa.

En medio de la vegetación que cubre las vastas extensiones de tierra, el calor del trópico al que Jaime se acostumbró sin olvidar jamás las estaciones de su tierra natal, lo despierta cada mañana acompañado de sus mayores aliados: Dios, y la pequeña imagen del santo San Isidro, para sembrar no solo las semillas del producto que por más de cincuenta años se han convertido en el sustento de centenares de familias, sino para continuar ayudando al progreso de los jóvenes y al feliz ocaso de los ancianos. Con una férrea personalidad, con la que ha sabido enfrentar obstáculos, sigue aportando al desarrollo de la región.

- Doctor, ¿desde siempre pensó en la posibilidad de cultivar arroz?
- Sí, era un producto que estaba en naciente producción. Pero... ¿no soy doctor!

El aldeano

No estudió. Cuando salió de la Guerra Civil Española tenía dieciocho años. Recuerda que en el pueblo había dos escuelas que se cerraron cuando llegó la guerra, porque estaban en combate. “Entonces los militares las ocuparon y hasta ese momento estudié. No sabía hablar en castellano, pero en el recreo lo intentaba con algunos amigos y en la casa hablaba euskera”. Hoy, Jaime Zorroza Landia habla de paz, porque vivió esos episodios sombríos que deja la guerra. Con su memoria intacta, rememora los difíciles tiempos cuando las tropas del generalísimo Francisco Franco ocuparon Bilbao y se fue a trabajar como



Tomasa Landia y José Zorroza. Foto: Archivo particular

enfermero al hospital de Basurto. Reclutado por el Ejército, “me fui a luchar frente al enemigo y estuve allí tres años. Cuando llegó la II Guerra Mundial, de nuevo fui llamado a pagar servicio en el cuartel de Bilbao, hasta que se terminó. Solo entonces pude regresar al pueblo para trabajar la tierra con mi padre”.

La situación de España, económicamente difícil, en la ruina y bloqueados por las secuelas de la guerra, determinó una importante etapa de su juventud, marcada por el trabajo. Nació en el caserío Zorroza, el 29 de diciembre de 1919, ubicado en Morga (Vizcaya). En el caserío Zorroza cultivaban maíz, patata, trigo y alubias. Su padre José Zorroza y su madre Tomasa Landia, eran de ese imponente pueblo de Vizcaya, donde cada familia adopta el apellido del caserío. Un apellido que ha tenido cambios vertiginosos en Colombia: Zorroza y Landia; Zorroza i Landia o Zorroza Landia, como aparece en su documento de identidad. “Es la tradición histórica que en cada caserío lo adopten. Entonces nosotros somos de allí, desde mi abuelo que era de Zorroza y Uribe”. Y entre risas afirma que: “El Uribe ‘famoso’ de aquí, seguramente era de allá, pues muchos Uribes sí hay”.

Jaime recuerda a su familia como una bendición que lo ha acompañado en su fe cristiana de sólidos principios y honda religiosidad. “Abundaba

el cariño, la disciplina, la responsabilidad, el amor al trabajo y el sano temor a Dios”. Además, afirma que ha sido doblemente bendecido al recordar que sus hermanas Natividad, Esperanza y Ofelia, monjas de la Orden Monástica Católica Cisterciense: “Han ayudado a progresar el cristianismo, la civiliza-



Jaime con sus hermanos. Archivo particular

ción y el desarrollo de las tierras”. También, a su hermana Prudencia y sus tres hijos, Maria Begoña, Ana Rosa y José Javier, con quienes ha mantenido fuertes lazos de cercanía. Y con un especial aprecio a sus hermanos, los sacerdotes Arcadio y Simeón, quienes siempre estuvieron a su lado en España, y en el nuevo mundo que forjó en Colombia.

La faena en el campo arrocero

Jaime trajo poco de España. Por esto, sus manos dan cuenta de lo duro que fue labrar la tierra y construir con tesón empresas agroindustriales en el campo del Tolima. Si a los 95 años aún genera proyectos productivos, de joven era un trabajador incansable. Nunca le gustó la pereza, afirma con tono grave y severo. Su historia en el campo se gestó en un ambiente de sacrificio y de impulso personal.

Cobrada la plata del depósito, Jaime se fue a trabajar como administrador a las tierras que tenía en Saldaña, con su inseparable amigo alemán Hans Klotz Knauss, con quien compartió más de 40 años de trabajo y amistad. En tierras inhóspitas, iniciaron la siembra del arroz. Con lo que les daba la creatividad, la imaginación y el ingenio, estos dos pujantes extranjeros construyeron un

regadío para asegurar el agua que requería la siembra del arroz. Lograron el bombeo del río Saldaña hasta las tierras, pasando la acequia por el pueblo. “Eso fue mucho antes de la irrigación que hizo el Gobierno en esta zona arrocerá del país”. Trabajó incansablemente durante cuatro años, en compañía de buenos



Trabajador incansable.
Foto: Mónica Leguizamón

amigos, entre ellos los italianos Buraglia. Pero no bastó la dura faena; Hans se quebró. Este suceso marcó el inicio de la vida de Jaime como empresario, al encontrar la oportunidad de asociarse con el alemán para emprender nuevos proyectos en sociedad.

Su apellido comenzó a figurar en primera línea: Se leía Zorroza y Klotz. La llegada masiva de huilenses para trabajar las tierras de Saldaña, que arrendaban los hacendados, les aseguró una corta época de prosperidad. No fue fácil, asegura con una sonrisa de complicidad, al recordar los viajes a Ibagué para conseguir dinero con prestamistas y, especialmente, cuando rememora el estado en que se encontraban las tierras: “Nos abrimos camino en medio de la selva, y aunque trabajamos sin descanso, terminamos vendiéndolo todo”. En ese momento, como no había plata, les quedaron las letras de cambio como una manera formal de mantener las propiedades.

Corría el año 1953, y mientras Colombia vivía el golpe de Estado del general Gustavo Rojas Pinilla, su socio Hans Klotz viajó a Alemania como comisionista para traer la maquinaria que empezaría a parcelar las tierras productivas de Colombia. El propio general envió un coronel con Hans para hacer el negocio. Jaime, con el corazón al otro lado del mar, viajó a su tierra para atender la enfermedad de su padre. Durante nueve meses estuvo en España, hasta la recuperación de José Zorroza, tiempo en que recibió las continuas llamadas de su amigo para recordarle que lo estaban esperando el trabajo y las letras.

Jaime regresó a Colombia y al Tolima para emprender, una vez más, la titánica tarea de cultivar en la meseta del Tolima. “Con otros hacendados, que eran amigos de Mario Laserna Pinzón, teníamos en la meseta algunas tierras”. Aquí comenzó una bella historia de amistad y de negocios con el hombre que recuerda como a un ser humano inteligente y trabajador: “Fue un hombre extraordinario. Recuerdo con agrado su imperiosa necesidad de trabajar por la consolidación de la educación superior en Colombia, época en que fundó la Universidad de los Andes. Me dio una tierra en la zona denominada Aparco, y allí sembramos arroz. Era un lugar lleno de piedras y maleza; un pedrero, pero así empezamos”.

Cinco frentes de trabajo fueron la base de lo que hoy tiene Jaime Zorroza. Las tierras de Aparco, Cauchitos y La Palma (Buenos Aires); luego, en el Aceituno y en Media Luna, que después bautizarían con el nombre de Hacienda San Isidro, en honor del santo madrileño, patrono de los agricultores. “En aquella época todo era Media Luna y compramos la mitad de las tierras para sembrar arroz y sorgo, y tener ganado bueno y puro. Fueron años de enérgico trabajo y de afianzamiento de las empresas”. Asegura que tanto le gustaba el trabajo en el campo, que la pereza no estaba en su diccionario, motivo por el cual emprendió aventurados trabajos en pro del agro



Capilla construida por Jaime y Ana Julia en la Hacienda San Isidro. Foto: Alexa Bajaire

tolimense. Hacía de todo. No había plata para contratar un conductor, así que las largas jornadas de trabajo manejando buldócer, tractores o dedicado a la administración de las tierras, también las combinó en la reconstrucción de máquinas que venían mejorando en un taller que había construido. “No sabía de esto, pero fue un aprendizaje empírico el que nos ayudó a renovar la maquinaria para los cultivos”.

Empresas de apoyo al agro tolimense

Aquello que hoy se conoce en el Tolima como Sanidad Vegetal, fue un largo trasegar de intuición que cimentó la empresa de fumigación que en la actualidad tiene presencia en Picaleña, Venadillo, El Espinal y Neiva. En el siglo XXI parece sencillo encontrar avionetas para la fumigación de los cultivos, pero en la segunda mitad del siglo XX solo existía una sociedad en Armero, con una sola avioneta. Los cultivos crecían en extensión y con ello los problemas de plagas y falta de abonos. “Compramos una avioneta para el trabajo y conseguimos un piloto americano, quien vivía en Medellín y trabajaba en Avianca, el capitán Gribling. Pero como eran muchos cultivos, el avión no daba abasto. Así nació esta empresa, con dos pilotos y una avioneta”.

En aquel tiempo, por la falta de insumos y laboratorios, emprendieron la búsqueda de ingenieros agrónomos que se dedicaran a la investigación para palear las plagas. La llegada de un ingeniero agrónomo de Bayer y de los técnicos japoneses, quienes les asesoraron en la conservación y cuidado de los sembrados, fue un proceso hacia la tecnificación en la recolección del arroz, y también fue un momento clave en la historia como empresario de Zorroza Landia: El descubrimiento de sus dotes de constructor.

Con ímpetu de constructor

Las pistas de aterrizaje que se encuentran en las haciendas San Isidro y La Palma, las soñó y construyó sin planos: “Ahora están mejor que nunca, y fue un trabajo muy bonito”. Así evoca esa primera incursión, la que luego se convirtió en una pasión por los inventos que le ayudaron a hacer más fácil el



Con ímpetu de constructor. Foto: Alexa Bajaire

trabajo en el campo. Vendrían muchos después, como la rampa que le facilitó el transporte del abono hasta la bodega de almacenamiento de insumos, que permitía cargar el avión en un minuto. Imaginación es la palabra con la cual define su ímpetu de constructor. Como el problema seguía siendo el transporte del producto desde la zona de Buenos Aires al molino Escobar, Jaime modificó las combinadas: “En vez de saco, le puse de tolva a granel y a los tráiler que transportaban la caña, les instalé un tubo transportador que me permitió cargar más rápido las volquetas”. De esta forma, la experiencia en el campo también le sirvió para inventar un método que mantuviera la nivelación para transportar el agua, convirtiéndose así en un experto en riego.

En San Isidro, bajo un sol inclemente, que asegura siempre lo ha acompañado en las faenas del campo, secaban el arroz en el patio, al aire libre, con los riesgos que ello implicaba. Ante eso, fabricó una secadora original de esa época. Sin planos, la construyó con ayuda de un maestro, y tan útil se convirtió para los arroceros vecinos que luego sería el modelo de infinidad de máquinas. De este próspero período recuerda la construcción del molino en el Aceituno, al haber logrado el regadío a todas las tierras cultivadas y la compra de los terrenos que hoy son su casa y patrimonio: San Isidro.

“El dueño en ese entonces era Santiago Rendón; como él debía plata, nosotros pagamos sus cuentas y ahora, mira, qué cosa bonita tengo aquí”. Y, como recompensa a su constante labor como arrocero, se convirtió en uno de los precursores de la cooperativa Serviarroz, empresa tolimense fundada el 24 de julio de 1970 y que desde sus inicios ha ayudado no solo a mejorar el precio del grano para los cultivadores, sino a fortalecer la formación de las personas que trabajan en el sector arrocero. Con hacendados como Benjamín Rocha y Mario Laserna, se logró la conformación de esta cooperativa que ha podido controlar los precios en el mercado y abaratar los costos en los cultivos.

En esa tarde calurosa, llena de recuerdos y anécdotas de su vida como campesino y labrador, se dirige hasta una pequeña imagen, regalo de un amigo agrónomo, que se encuentra en un lugar especial de la sala: San Isidro Labrador. La fe que le profesa ha formado parte estructural de su destino como ser humano. No en vano sus tierras reciben el nombre de este santo, patrono de los agricultores del mundo, recordado por el amor y la caridad hacia el prójimo, y por dedicar su existencia a la entrega cristiana de ayudar a cultivar y cosechar las tierras. El 15 de mayo se celebra la fiesta del santo, y es un día especial para las personas que conforman la familia de la empresa Zorroza, quienes han disfrutado por décadas la celebración religiosa que Jaime y Ana Julia mantuvieron como un momento único para compartir con los trabajadores y sus familias, y dar gracias en la fe cristiana por tantas bendiciones recibidas.

- Ese santo sí nos ha hecho milagros –afirma.
- ¿Recuerda uno?
- Ya de por sí, es un cúmulo de milagros ver convertido lo que antes eran estos predios, la finca Hato Viejo donde solo existía un rancho viejo, en esta casa que hoy es mi hogar. Pero puedo contarle, entre muchos, uno excepcional: Estaba en España con Ana Julia, mi esposa, y en Colombia se padecía un verano terrible. El administrador de campo que teníamos ya nos había anunciado que podíamos perder los cultivos de sorgo. Entonces, nos pusimos manos a la obra de Dios, con ayuda del santo, y de



Jaime en el interior de su casa frente a la imagen de San Isidro Labrador. Foto: Alexa Bajaire

mi amigo el arzobispo Juan Francisco Sarasti Jaramillo, quien nos había dejado instalado en el barrio Santa Ana, una parroquia en la casita que teníamos.

- Desde España, ¿qué hicieron?
- Rezar, junto con todos los empleados que en rogativa hicieron la procesión para que cambiara el clima. ¡Y esa noche en la finca llovió 40 milímetros, solo en la finca y en la cantidad que necesitábamos! Nos llamaron felices a contarnos. Sin duda, fue San Isidro Labrador quien hizo el milagro.

La bella historia de amor

Su amigo Mario Laserna tenía la oficina en el centro de Ibagué, en la Calle 12 con 2ª. Allí conoció Jaime a la persona que lo acompañó durante su travesía por este valle del Tolima y le ayudó a formar una familia, constituida por las miles de personas que se han beneficiado de su amor, unión y trabajo por el bienestar y la prosperidad. Fue Ana Julia Suárez, quien unió su vida

a él para regalar amor convertido en sólidos proyectos sociales que hacen parte fundamental de la historia de este Departamento. “Visitaba mucho la oficina de los Laserna por cuestiones de negocios, más aún durante los tres años de novio. Allí siempre estaba ella, en su labor como secretaria, manejando las cuentas de las fincas y la administración de casi la mitad de la luz en Ibagué”. Su amigo Antonio Melo Salazar, recuerda que cuando llegó este vasco, experto en riego, a la oficina donde Ana Julia era secretaria, se prendó de ella. Y así empezó la historia de amor de una ibaguereña con un extranjero que se supo ganar el cariño y el respeto de todos. Sus amigos los recuerdan como una pareja en la que reinaba la armonía: “Eran católicos, devotos y piadosos; hubo mucha comprensión, fraternidad y unión para sacar adelante los proyectos sociales; los unió la religiosidad”.

Escucharlo pronunciar su nombre, es como sentir que Ana Julia está junto a él para ayudarlo a recordar aquello que construyeron juntos en una ciudad como Ibagué; también, es sentir que el amor es una bendición de Dios, a quien agradece haberla conocido. Su rostro refleja los sentimientos que alegraron sus años de vida matrimonial, pero sin duda los silencios evocan los momentos que afligen su corazón por la partida de Ana Julia, el 21 de febrero de 2011 y que lo acompañarán hasta el día su muerte.

Ana Julia nació el día de Santa Ana, un 26 de julio. Y así se llama también, “en su honor”, uno de los más importantes proyectos sociales de esta región. En las tierras que se enmarcan en el barrio El Salado, Jaime y Ana Julia, gestora del proyecto, hicieron posible, con la ayuda de la empresa Chipalo de Bernardo Vila, 600 casas que albergan a trabajadores tolimenses. Sin duda, este proyecto que se inició en 1994 es un polo de desarrollo y constituye un



Ana Julia Suárez y Jaime Zorroza,
el día de su matrimonio. Foto: Archivo particular

modelo de convivencia en la ciudad. Hoy, 946 viviendas con una población aproximada de 2.700 habitantes, viven bajo el lema del barrio: “Vamos por ti Santa Ana, la gestión aclama”.

En el ejemplar barrio donde el nombre de sus gestores es una sola voz sentida de agradecimiento, se erige una construcción de estructura europea que refleja la elegancia mítica a un entorno comunitario: La Iglesia de Santa Ana. Jaime quería una iglesia igual a la de su pueblo natal. Por esto, quienes le ayudaron a construir el barrio, viajaron junto con él a España para conocer *in situ* el modelo de aquello que se deseaba construir en Ibagué. “Ellos me acompañaron a ver las dos iglesias que hay en mi pueblo y la parroquia con reloj. Le hicieron fotos a mi casa, porque soñaba con una construcción de ese estilo para edificar en Santa Ana”. Así empezó la idea de esta iglesia que fue apoyada por el Comité de Arquitectos de la Arquidiócesis de Ibagué, en cabeza de David Bajaire Villa, y de la siempre disposición y entrega de su amigo, el arzobispo Flavio Calle Zapata. “Eso que está allí construido, es la herencia de mi casa, son los recuerdos plasmados de la arquitectura de mi pueblo. Todo lo construí pensando en mi hogar y de allí vino todo. Con dinero de mi familia, pude realizar este sueño, cuyo nombre hace memoria a Ana Julia Suárez de Zorroza”.



Jaime y Ana Julia. Archivo particular de Jaime Zorroza

Los proyectos entregados a la región (económicos, sociales y educativos) son hoy espacios para la plenitud de los abuelos; instituciones educativas y deportivas para el bienestar de los jóvenes; empresas prósperas, donde se labra la tierra y se genera empleo para el Tolima. La Universidad de Ibagué ha recibido de este vasco ejemplar, no solo ayuda económica para importantes proyectos, sino como él lo afirma: “De buena voluntad he estado aportando algo al desarrollo de la región, donde he crecido y vivido. Me conmueve ver estas edificaciones convertidas en recintos para la educación y en un hogar digno para los abuelos. Es algo que soñé y hoy es una realidad: Es algo sublime”, expresa Jaime.



Jaime Zorroza y Ana Julia Suárez: Una bella historia de amor. Fuente: Archivo de El Nuevo Día

Un Jardín para los abuelos

Lucía de Castaño, su entrañable amiga, evoca cómo Jaime Zorroza supo a tiempo contribuir para que los abuelitos tuvieran un lugar digno para vivir. La historia de este emblemático lugar, antiguo ancianato del barrio La Pola, ubicado frente a la casa materna de Ana Julia, estaba para caerse; era una casa húmeda y triste donde se morían los abuelos. En ese entonces, con Lucía, esposa del exgobernador del Tolima, Yesid Castaño, Jaime y Ana Julia iniciaron el arduo trabajo para que la sociedad ibaguereña reconociera que quienes allí vivían, merecían un trato digno y un lugar con las condiciones mínimas para enfrentar el otoño de su vida.

Con la bendición de Arcadio, el hermano sacerdote, Jaime contrajo matrimonio con Ana Julia en la capilla del ancianato de La Pola. En este sagrado lugar que ayudaron a construir, el 10 de septiembre de 1956 sellaron un compromiso

eterno de amor y ayuda a quienes más lo necesitaran. Jaime recuerda con pasión los momentos de apoyo para fundar este recinto religioso que se erigió “para la tranquilidad y el sosiego o, tal vez, para tener buenas migas con el de arriba, cuando se empieza la vejez”, dice su amigo Antonio Melo Salazar. Este hecho marcó un norte en el trabajo social y caritativo de la pareja, quienes a lo largo de toda su vida serían benefactores de los programas en pro de los adultos mayores.

Cuando el ancianato necesitaba un lugar más honorable para albergar a los abuelos, Jaime de Zorroza y Ana Julia Suárez, hace 37 años, donaron el lote donde hoy se encuentra el Jardín de los Abuelos, en el barrio El Salado. A la entrada, un aviso en mármol les recuerda a los visitantes la loable labor que este matrimonio le ha entregado a la Corporación Jardín de los Abuelos, como benefactores de la institución. Más de un centenar de abuelitos reciben la ayuda de Jaime, quien desde la Fundación Zorroza y Suárez ha buscado que esta casa siempre cuente con los recursos necesarios para su sostenimiento.

Sus pasillos blancos de amplios corredores conducen a la construcción que Ana Julia dirigió en detalle, y alcanzó a ver edificada antes de su enfermedad: La hermosa capilla, donde todo converge y se respira la paz y tran-



Los abuelitos apoyando la marcha blanca. Foto: Alexa Bajaire Lamus

quilidad que se irradia a cada rincón de este simbólico lugar. “Jaime siempre ha sido miembro honorífico de la junta por derecho propio en calidad de benefactor”, afirma Sor Diana Carvajal, directora interna del Jardín. El sentido de compartir, dar amor y fraternidad a los abuelos, sigue presente cada día, no solo con sus donaciones, sino con su presencia y gran sentido de protección. Para la comunidad ibaguereña, los nombres de Jaime de Zorroza Landia y Ana Julia Suárez, estarán ligados a este importante proyecto que ayuda a la calidad de vida de los ancianos.

Compromiso con el desarrollo regional

- ¿Jaime, siempre soñó con liderar proyectos educativos y sociales?
- Sí, y siempre he creído en la buena voluntad de los ciudadanos.
- ¿No ha sido difícil tener buenas relaciones para el éxito de los proyectos?
- Todos los proyectos han sido posibles gracias a la solidaridad de la gente buena. Los que saben cómo hacer las cosas, hay que seguirlos. Políticos somos todos, pero políticos del bien y de la superación.
- ¿Y los obstáculos que ha encontrado en este largo trasegar, no lo han desilusionado?
- Siempre hay espinas en el camino, pero por encima de los problemas, tenemos que hacer obras que sean para el bien de la sociedad, y ayudar entre todos con buena voluntad, superación y sin rencores.

Jaime Zorroza Landia es uno de los visionarios que hicieron posible la Corporación Universitaria de Ibagué, hoy Universidad de Ibagué, el 27 de agosto de 1980. Durante 35 años ha contribuido de manera ininterrumpida al desarrollo y construcción de este campus universitario. Históricamente, relatan sus amigos, siempre que ha sido necesaria la ayuda económica para proyectos importantes en la región, se ha contado con el apoyo económico de Jaime Zorroza y de las empresas que hacen parte de su historia como empresario del Tolima:

“De mi sencilla participación en este proyecto, me congratulo de haber formado parte del grupo de amigos fundadores de esta obra orgullo de Iba-

gué. He procurado en cuanto me ha sido posible, aportar un poco haciéndola conocer de otros que puedan beneficiarla. Le tengo a la Universidad un entrañable cariño que he querido transmitir a familiares y amigos, simpatizantes y entusiastas de la cultura y educación de un pueblo”.

Jaime recuerda las intenciones que tuvieron hombres y mujeres tolimenses para hacer realidad este proyecto educativo. “Yo, personalmente, tenía en mente una réplica en Colombia del modelo de una cooperativa famosa que



Comprometido con el desarrollo regional.
Foto: Archivo de la Universidad de Ibagué

tenía inversiones en el campo, en España”. Por esto, desde que se empezó a hablar de una entidad superior para la educación en el Tolima, en 1979, Jaime hizo parte del grupo, buscando modelos educativos con carreras técnicas que respondieran a las necesidades de la región, para el desarrollo social y educativo.

Jaime acompañó a su entrañable amigo, Santiago Meñaca, en el proyecto que empezaba a tener cuerpo con la compra del lote –por cinco millones de pesos– y que encontró el respaldo del ibaguereño Guillermo Angulo Gómez, ministro de Educación entre el 22 de mayo de 1980 y el 28 de febrero de 1981. “Labor que es recordada con admiración al ser uno de los máximos promotores de la educación secundaria y superior en el país”.

Constantino Espinoza, contador público y amigo fundador de este proyecto educativo tolimense, recuerda: “Jaime empezó a aportar desde el primer momento, y cada vez que se presentaba una necesidad económica, ahí estaba él para subsidiar los gastos de arranque, de acuerdo a sus capacidades económicas y a la liquidez del momento. Cuando ya fue Coruniversitaria y

se presentó la necesidad de crear el gimnasio, los 380 millones de pesos que costó, los entregó Jaime”.

Apoyo al talento regional

Simultáneamente, para ayudar a las personas que carecían de recursos para ingresar a la Universidad, se iniciaron las gestiones con la Pía Sociedad Salesiana, para formar a jóvenes y adultos que recibieran un beneficio social, mediante la preparación para el trabajo y la adecuada formación académica y espiritual del talento regional. Jaime rememora aquellos momentos cuando viajó a Zaragoza (España), junto con otro fundador de la Universidad, Roberto Mejía: “Conocimos una cooperativa donde tenían talleres, hacían maquinaria, contaban con campo para *semillar*, tenían ganado y... un colegio ¡Me enamoré de ese colegio y quise copiarlo en Ibagué!”. Después de varias propuestas y conversaciones, se creó el Centro Técnico y Tecnológico San José.

Jaime Zorroza Landia, Santiago Meñaca y José Ossorio para empezar a dotar dicha institución, aportaron treinta millones de pesos que culminaron en un convenio con los belgas, para hacer realidad el despegue de San José, donde se forjan importantes proyectos para el desarrollo regional, y se ofrecen programas tecnológicos, técnico laborales y convenios que favorecen a la población vulnerable.

Entre bastidores, siempre ha llegado el aporte de Jaime de Zorroza para la educación de los jóvenes tolimenses. Su vida es ejemplo para una sociedad que debe buscar el bienestar de todos los que hacen parte de ella. Pero no solo los jóvenes y los ancianos han estado entre sus prioridades de servicio a la comunidad. Ibagué cuenta con el barrio de los soldados afectados por la guerra, iniciativa que acompañó Ana Julia Suárez, para convertir un terreno baldío de tres hectáreas en 155 viviendas que albergan heridos e inválidos, en el barrio Tierra Grata. Su alto compromiso con los proyectos sociales y la sociedad en general, se ha extendido a proyectos como el de Aldeas Infantiles SOS, la Corporación Acción por el Tolima (ACTUAR), CENDES, Colegio San Bonifacio de las Lanzas y la Asociación Cristiana de Jóvenes.

Reconocimientos

En la última década le han rendido a Jaime Zorroza sentidos homenajes, entre ellos: Ciudadano Sobresaliente, otorgado por la Alcaldía de Ibagué; Orden al Mérito Militar *José María Córdova*, en el grado de Comendador; Orden al Mérito Arrocerero, en la categoría de Servicios Distinguidos y, entre otros, el Mérito Cívico, conferido por Fenalco.

En el año 2012, el 9 de octubre, con emoción y regocijo, Jaime de Zorroza recibió el Mérito Cívico por parte de los gremios del Tolima. Confiesa que no es bueno para los agasajos y las condecoraciones, los que siempre recibe pensando en el aporte social que estas acciones implican para la sociedad y que serán la base para el bienestar de las futuras generaciones. Aquella Noche de los Mejores, evento que lidera Fenalco, se le rindió homenaje a un español que ha hecho mucho por la ciudad de Ibagué, y a Ana Julia Suárez de Zorroza, por su espíritu cívico y sentimiento de solidaridad social. Quienes los han acompañado, y han podido corroborar la responsabilidad social y el impulso a los proyectos agrícolas y sociales, para brindar mejor calidad de vida a los tolimenses, saben que este reconocimiento es una muestra de la incalculable labor benéfica que Jaime y Ana Julia le dejan como patrimonio a una sociedad como la tolimense.



Exaltación a los valores tolimenses. Fuente: Archivo de la Universidad de Ibagué

La noche mágica vivida el 19 de marzo de 2013, en la sala Alberto Castilla del Conservatorio de Música del Tolima, donde se recordó su origen vasco y el aporte a la consolidación de diferentes obras sociales y educativas en la ciudad, Jaime fue condecorado con la Exaltación a los Valores Tolimenses. En este recinto emblemático para la historia de la Ciudad Musical de Colombia, su entrañable amiga española, María Covadonga, hizo una semblanza especial de Jaime, dejando en sus palabras el recuerdo a todos los ibaguereños del verdadero amor que él ha demostrado por el Tolima:

“En este recuento, necesariamente breve, alcanzo solo a dar unas pequeñas pinceladas para trazar un bosquejo de un ser humano inigualable, imposible de describir en toda su entrega, grandeza, rectitud y generosidad, espejo y modelo de valores. En definitiva, un hombre de fe con raíces profundas en sus dos tierras, con sus brazos extendidos para acoger al necesitado, y los ojos y la mente permanentemente en Dios. Un hombre merecedor de todos los títulos y reconocimientos, pero al que estoy segura de que solo le gustaría ser descrito como el Siervo de Dios: Jaime de Zorroza Landia”.



Fuente: Archivo de la Universidad de Ibagué

La Orden Garzón y Collazos, máxima condecoración que otorga la Fundación Musical de Colombia, le fue entregada a quien es considerado como paradigma del hombre trabajador, honesto y humanitario, destacándose como ejemplo su vida para las presentes y futuras generaciones. Estas dos instituciones enaltecieron “a uno de los grandes valores del Tolima, quien ha contribuido de manera significativa al desarrollo agrícola, educativo y social de nuestro Departamento”.

Es grato corroborar que el altruismo ha sido lo primordial en la

vida de este tolimense nacido en el País Vasco, y que es correspondido por sus amigos, empleados y conocidos, que ya, por derecho propio, se convirtieron en sus coterráneos. Para él, los trabajadores son amigos que siempre han encontrado en su “jefe” un aliado para que cada familia, de los más de cien empleados que hoy hacen parte de las empresas de Jaime de Zorroza, tengan oportunidades de progreso y bienestar.

Los trabajadores recuerdan que la celebración del día de San Isidro se ha constituido en una festividad para ellos y sus hijos, en la que siempre ha primado el banquete de la Eucaristía, y luego el banquete de viandas. Los trabajadores manifiestan, con alegría, que hasta los celadores tienen derecho a estar en ese encuentro familiar, y por eso se contrata personal externo ese día, para que todos puedan asistir. Su generosidad no ha tenido límites y a Ana Julia la recordarán como la mejor anfitriona.

María Covadonga, amiga de siempre y quien acompaña a Jaime en sus obras benéficas, sostiene que: “La diferencia esencial es el concepto de familia que Ana Julia y Jaime implantaron en las relaciones con sus colaboradores de todos los niveles. Ana Julia crea, con el apoyo y entusiasmo de Jaime, la Acción Social de San Isidro para atender a las necesidades de todo orden de las familias de los trabajadores de la Hacienda. Se becan los hijos de los empleados y se estimula el buen rendimiento académico; se hacen actividades de capacitación interna y, sobre todo, se vela por el desarrollo espiritual de todo el grupo que compone la familia San Isidro, que para el apoyo espiritual y de las necesidades morales y de formación ética cuenta con un capellán de planta”.

Un pueblo agradecido

“Debemos hacer el bien, con amor, para que Dios nos ayude. Colombia es un país privilegiado, no hay otro en el mundo. Pero me pregunto, ¿qué pasa con la gente buena? Vivimos en desconfianza con el vecino, con los amigos, con el otro. Seamos francos y abramos el corazón, solo unidos salimos adelante”, sentenció Jaime Zorroza durante la marcha blanca que recorrió las calles de Ibagué, para reafirmar que la lealtad y amor de él ha-



El Tolima para él, su tierra querida. Fuente: Archivo de la Universidad de Ibagué

cia el Tolima es y será la prueba más fehaciente de entrega a una tierra que siempre ha considerado suya.

Una gran pancarta expresaba: “Quien no vive para servir, no sirve para vivir. Es por eso que el servicio desinteresado a los desprotegidos se constituye en el soporte medular de un cristiano”. Aquel día se congregaron los amigos de siempre: Los abuelitos del Jardín, los estudiantes y profesores del colegio San Bonifacio de las Lanzas y del colegio de la Caja de Compensación Familiar, Comfatolima, institución que lleva el nombre de Ana Julia Suárez de Zorroza; los funcionarios de la Universidad de Ibagué, los representantes de la iglesia, los trabajadores de San Isidro, los amigos de la Fundación Zorroza y Suárez, los medios de comunicación y la comunidad ibaguereña.

La tarde del 20 de septiembre de 2014, cumplido como ha sido su costumbre, imponente en su andar y serio como un vasco fuera de su terruño, Jaime de Zorroza le entregaba a Ibagué otro proyecto educativo de incalculables proyecciones: El CERES de El Salado. En una antigua bodega de su propiedad, hoy convertida en un centro educativo, un centenar de jóvenes

tolimenses de escasos recursos, se preparan en carreras técnicas y tecnológicas con el apoyo de la Universidad de Ibagué.

En su corto discurso, él rememoró los años que vivió en Bilbao, durante la guerra, sentenciando que era una ciudad fea, sucia e invivible. “Todo era humo, altos hornos, chimeneas grises y tristes. Ahora que volví, quede asustado: Qué maravilla, se respira aire puro, todo es blanco y todo está cambiado”. Como un ejemplo de aquello que se puede hacer, agrega: “Para cambiar la historia, cambiaron los que mandan; y si aquí hay que cambiar las cosas, cambiemos la mente para mejorar día a día. Todavía, por el tamaño de la ciudad, en Ibagué tenemos tiempo para la transformación a través de la educación”.

Muy cerca de allí, en otro lote de su propiedad, fueron inauguradas oficialmente las instalaciones de la Sede Deportiva Santa Ana de la Universidad de Ibagué, resultado del acuerdo y aportes económicos efectuados por la Universidad y Jaime Zorroza Landia, cofundador y benefactor de la institución. Este centro deportivo de Santa Ana es un regalo dentro del barrio que él creó. Su filantrópica labor ha sido posible por mezclar el trabajo con amor. Aquella tarde, después de cortar la cinta inaugural del Centro Deportivo, expresó: “Esto es algo muy emotivo y hermoso: ¡Qué les parece, sigo trabajando por el bien de la tierra que me acogió como su hijo adoptivo!”.

Jaime Zorroza Landia no solo ha compartido lo que tiene con quien lo necesita. Su empeño como ser humano ha sido lograr que la sociedad sea más justa y, como destacado empresario, brindar mejores condiciones de vida a sus trabajadores y a los habitantes de esta zona del Tolima.

“No sé hasta cuándo voy a vivir, y puedo contarles que no todo ha sido bueno, también encontré



Inauguración del CERES de El Salado.
Fuente: Archivo de la Universidad de Ibagué

espinas que me hicieron daño, pero ante las adversidades, debemos buscar y encontrar las soluciones. Mi filosofía de vida ha estado basada en buscar la ayuda de la comunidad y los amigos para ver realizados mis sueños, como estos proyectos que son realidad en suelo tolimense”.

Con su hermano mayor, Cristo, y recordando a su santo, Santiago de Compostela, patrón de España, la mañana del 24 de julio de 2014, frente a la multitud que lo acompañaba en la marcha blanca, Jaime evocó a Ana Julia Suárez de Zorroza con esta frase: “Estas son las obras que ella soñó; se fue, pero está en otro campo mayor y nos ayuda desde allá”.

La Universidad de Ibagué le rinde un sentido homenaje a este hombre ejemplar que supo encontrar en la tierra del Tolima, el hogar ideal para buscar, después de San Isidro, el paraíso, y dejarnos como enseñanza que: “Estamos en este mundo para hacer el bien y ser apóstoles de aquel que vino a enseñar el camino a la vida eterna. Hoy les digo muchísimas gracias, muchísimas gracias”.



“Estamos en este mundo para hacer el bien y ser apóstoles de aquel que vino a enseñar el camino a la vida eterna”. Jaime Zorroza. Foto: Hacienda San Isidro por Alexa Bajaire

Guía complementaria

Las siguientes son preguntas sugeridas para estimular el diálogo en el aula. Se recomienda complementarlas a criterio de docentes y estudiantes.

1. Escriba una reseña de no más de diez líneas para presentar el personaje a alguien que no ha leído el texto; destaque en su escrito los rasgos que a su juicio son más relevantes porque definen mejor al personaje y constituyen un buen ejemplo para los jóvenes.
2. Dos hechos históricos marcaron la vida de Jaime Zorroza: la Guerra Civil española y La Violencia desatada en nuestro país en los años cuarenta. Averigüe más sobre estos eventos y explique cómo pudieron influir en su vida.
3. ¿Cuáles fueron las principales contribuciones que hizo Jaime Zorroza al desarrollo del agro en el Tolima? ¿Cuáles fueron sus inventos más importantes para mejorar la productividad de los cultivos? ¿Cree que la necesidad hace que la creatividad se fortalezca?
4. Enumere algunas de las obras sociales más importantes desarrolladas por Jaime Zorroza. ¿Conoce alguna de estas obras? ¿Cuáles cree que son las más relevantes? ¿Por qué? En su lugar, ¿qué otras cosas haría para mejorar las condiciones de vida de los más desfavorecidos?
5. ¿Por qué para Jaime Zorroza fue tan importante la educación de los menos favorecidos? ¿En qué proyectos educativos estuvo vinculado? ¿Qué piensa sobre las obras sociales y educativas que desarrolló en nuestra ciudad? ¿Cree que su vida espiritual fue la base de todas sus obras sociales? ¿Por qué?